

vuestra voluntad y no querer vos hacer la de Dios. No tengo yo de dar trazas á Dios, ni tengo de querer que él se conforme con lo que á mí me parece y con lo que yo querría; sino tengo yo de seguir las trazas de Dios y conformarme con lo que él quiere de mí. Dice muy bien San Agustín: «Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que le mandais es conforme á su voluntad, sino con querer él lo que vos le mandáredes (1).» Y el santo abad Nilo dice: «No pidais á Dios que haga lo que vos quereis, sino lo que nos enseñó Cristo que le pidiésemos, que es que se haga su voluntad en mí (2).»

Nótese este punto, que es muy provechoso y general para todos los trabajos y sucesos que se nos pueden ofrecer. No habemos nosotros de escoger en qué y cómo habemos de padecer, sino Dios. No habeis vos de escoger las tentaciones que habeis de tener ni decir: «si fuera otra tentacion, no se me diera nada; mas esta no la puedo llevar:» si las penas que nos vienen fuesen las que nosotros queremos, no serian penas. Si de veras deseais agradar á Dios, habéisle de pedir que os lleve por donde él sabe y quiere, y no por donde vos quereis; y cuando el Señor os enviare lo que os es mas desabrido y lo que vos huis mas de padecer, y os conformáredes con ello, entonces imitareis á Cristo nuestro Redentor, que dijo: «no se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra (3).» Eso es tener entera conformidad con la voluntad de Dios, ofrecernos del todo á él para que haga de nosotros lo que quisiere, y cuanto quisiere, y de la manera que quisiere, sin escepcion

(1) Optimus minister tuus est, qui non magis in-tuetur hoc a te audire quod ipse voluerit, sed potius hoc velle, quod a te audierit. *Aug. lib. 10, conf. c. 26.*

(2) Non ores, ut fiat quae fieri velis, sed potius ora, sicut orare didicisti, ut fiat voluntas Dei in me. *Nil. cap. 29. de orat.*

(3) Luc. XXII, 42.

ni contradiccion, y sin reservar para nosotros cosa alguna.

Cuenta Luis Blosio (1) que la santa virgen Gertrudis, movida con piedad y misericordia, rogaba á Dios por cierta persona, la cual habia oido que impaciente se quejaba por que le enviaba Dios algunos trabajos, enfermedades ó tentaciones, las cuales le parecia á ella que no le convenian. Pero el Señor respondió á la santa virgen: «Dirás á esa persona por quien ruegas, que porque el reino de los cielos no se puede alcanzar sin algun trabajo ó molestia, que escoja ella lo que le parece ser provechoso, y cuando le viniere tenga paciencia.» De las cuales palabras, y del modo con que se las dijo el Señor, entendió la santa virgen ser muy peligroso género de impaciencia, cuando el hombre quiere escoger aquellas cosas que ha de padecer, diciéndo que no conviene para su salud, ni puede llevar las que Dios le envia. Porque cada uno se ha de persuadir y confiar que lo que Dios nuestro Señor le envia, esto es lo que le conviene; y así lo ha de recibir con paciencia, conformándose en ello con la voluntad de Dios. Pues así como no habeis de escoger los trabajos ni las tentaciones que habeis de padecer, sino tomar como de mano de Dios las que él os envia y entender que aquellas son las que mas os convienen, así tampoco habeis de escoger el oficio ó ministerio que habeis de hacer, sino tomar como de la mano de Dios aquel en que la obediencia os pusiere y entender que ese es el que mas os conviene.

Añaden aqui otro punto muy espiritual, y dicen (2) que ha de estar uno tan resignado en la voluntad de Dios, y tan confiado y seguro en él, que desee no saber lo que Dios querrá hacer y disponer de él. Así

(1) Blos. c. 10. *Monil. spirit.* Et Tilmam Bredem-brachius, *lib. 8. collationum, cap. 29.*

(2) Blos, cap. 15 *Monil. spirit.*

como acá, cuando un señor se fia tanto de un mayordomo que no sabe de su hacienda ni lo que tiene en casa, es muestra de gran confianza, como dice el santo José que la hizo de él su señor (1); así muestra uno tener grande confianza en Dios cuando no quiere saber lo que Dios ha de hacer de él: «en buenas manos estoy (2), eso me basta, con eso vivo seguro, no he menester saber mas.»

Para los que desean puestos y oficios ó ministerios mas altos, pareciéndoles que en aquello harian mas fruto en las almas y mas servicio á Dios, digo, que se engañan mucho en pensar que ese es celo del mayor servicio de Dios y del mayor bien de las almas; no es sino celo y deseo de honra y estimacion y de sus comodidades, y por ser aquel oficio y ministerio mas honroso ó mas conforme á su gusto é inclinacion, por eso le desean. Veráse esto claramente por aqui: si estuviéredes allá en el mundo, ó solo, parece que pudiéredes decir: «esto es mejor que aquello y de mas fruto para las almas; quiero dejar aquello por hacer esto, porque no se puede hacer todo.» Pero acá en la Religion no se ha de dejar esto por aquello, sino que lo uno y lo otro se ha de hacer. Solo hay en ello, que si vos llevais el contra-alto, ha de llevar el otro el contra-bajo. Y si yo fuese humilde, antes habia de querer que el otro hiciese el oficio alto, porque tengo de creer que lo hará mejor que yo y con mas fruto y con menos peligro de vanidad.

Para esto y para otras cosas semejantes es muy buena una doctrina de nuestro bienaventurado P. San Ignacio, que la pone él por fundamento para las elecciones, donde pone tres grados ó modos de humildad (3);

(1) Ecce dominus meus, omnibus mihi traditis, ignorat quid habeat in domo sua. *Gen. XLIX, 8.*

(2) In manibus tuis sortes meae. *Ps. XXX, 16.*

(3) S. P. N. Ignatius *lib. exerc. spirit.*

y el tercero y mas perfecto es, ofreciéndose dos cosas de igual gloria y servicio de Dios, escojer aquella en que hubiere mas desprecio y abatimiento mio, por parecer é imitar mas con eso á Cristo nuestro Redentor y Señor, que quiso ser despreciado y abatido por nosotros. Y hay en esto otro grande bien, que en estas cosas hay menos de interés propio: no tiene el hombre ocasion de buscarse en ellas á sí mismo, ni tiene ese peligro de envanecerse en ellas que en las altas y honrosas. En los oficios bajos ejercitáse juntamente la humildad y la caridad, y con ellos se conserva mucho esta virtud de la humildad, como con actos propios suyos; pero en los altos, ejercitáse la caridad con peligro de la humildad, lo cual nos habia de bastar, no solo para no desearlos, sino para temerlos.

CAPÍTULO XV.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales.

Cada uno ha de estar muy contento con lo que Dios le ha comunicado, con el talento, con el entendimiento é ingenio y con la habilidad y partes que Dios le ha dado, y no ha de tener pena ni tristeza por no tener tanta habilidad ó talento como el otro, ni ser para tanto como él. Esta es una cosa de que todos tenemos necesidad, porque dado caso que algunos luzcan y parezca que se aventajan en algunas cosas, siempre tienen otros contrapesos que les humillan, en que tienen necesidad de esta conformidad. Y así, es menester estar prevenidos, porque suele el demonio acometer á muchos por aqui. Estareis en los estudios, y viendo que el otro vuestro condiscipulo se aventaja en habilidad, y que arguye y responde muy bien, vendraos por ventura alguna manera de envidia, que aun-

que no llegue á que os pese del bien de vuestro hermano, que es propiamente el pecado de envidia; pero, al fin, viendo que vuestros compañeros vuelan con sus ingenios y van adelante con sus talentos, y que vos os quedais atrás y no podeis arribar, ni alzar cabeza, sentís una tristeza y melancolía, y andais como corrido y afrentado entre los demas; y de ahí os viene un desmayo y descaecimiento y una tentacion de dejar el estudio, y aun algunas veces la Religion. A algunos ha echado esta tentacion de la Religion, porque no estaban bien fundados en humildad; pensó el otro hacer raya, y señalarse entre todos, y que fuera la fama por toda la provincia de que era el mejor estudiante del curso, y como le salió el sueño al revés, queda tan corrido y afrentado, que viendo el demonio tan buena ocasion, le representa que no se podrá librar de aquella afrenta, ni de aquella tristeza, sino es dejando la Religion. Y no es nueva esta tentacion, sino muy antigua.

En las Crónicas de la orden de Santo Domingo (1) se cuenta un ejemplo á este propósito, de Alberto Magno, maestro que fué de Santo Tomás de Aquino. Fué Alberto Magno, cuando niño, muy devoto de nuestra Señora, y rezábale cada dia ciertas devociones y por su medio é intercesion entró en la Religion de Santo Domingo, siendo de diez y seis años. Y dícese allí, que cuando mozo no era de mucha habilidad para el estudio; y como se via entre muchos y muy delicados ingenios de sus condiscípulos, andaba tan corrido que llegó la tentacion á apretarle tanto y ponerle en tanto peligro, que estuvo muy á punto de dejar el hábito. Estando en este aprieto de pensamientos, fué maravillosamente socorri-

(1) *Histor. Ordinis Predicatorum*, p. 4.<sup>a</sup>, lib. 3, c. 45.

do con una vision. Estando una noche durmiendo, parecíale que ponía una escala al muro del monasterio para salir é irse de él; y subiendo por ella vió en lo alto cuatro venerables matronas, aunque una parecia señora de las otras. Y llegando cerca de ellas asió de él la una, y derribóle de la escala, vedándole la salida del monasterio. Porfió querer otra vez subir, y la segunda matrona se hubo con él como la primera. Quiso tercera vez subir, y la tercera matrona le preguntó la causa por qué queria irse del monasterio. Él con rostro vergonzoso respondió: «Vóyme, señora, porque veo que otros de mi suerte aprovechan en el estudio de la filosofia, y yo trabajo en vano. La vergüenza que por esta ocasion padezco, me hace que deje la Religion.» Dijole la matrona: «Aquella señora que ves allí (señalando la cuarta), es la Madre de Dios y Reina de los cielos, de quien las tres somos criadas; encomiéndate á ella, que nosotras te ayudaremos y le suplicaremos que sea intercesora á su benditísimo Hijo para que te dé ingenio dócil, de modo que aproveches en el estudio.» Oyendo esto Fr. Alberto alegróse mucho, y llevándole aquella matrona á nuestra Señora, fué de ella bien recibido, y preguntándole qué era lo que tanto deseaba y pedía, respondió que saber filosofia, que era lo que él estudiaba y no entendía. Y la Reina del cielo respondió tuviese buen ánimo y estudiase, que en aquella facultad seria grande hombre. «Pero porque sepas, dice, que esto te viene por mí, y no por tu ingenio ni habilidad, algunos dias antes que mueras, leyendo públicamente, se te olvidará cuanto supieres.» Con esta vision quedó consolado. Y desde este dia aprovechó tanto en el estudio, no solo de filosofia, sino tambien de teología y Sagrada Eseritura, cuanto dan testimonio las obras que dejó escritas. Y tres años antes de su muerte, estando leyendo

en Colonia, perdió totalmente la memoria, en cuanto lo que tocaba á ciencias, quedando como si en su vida no hubiera aprendido cosa alguna de estudios; y por ventura fué esto tambien en penitencia de la poca conformidad que habia tenido en el talento y habilidad que Dios le habia dado. Y acordándose de la vision que tuvo cuando quiso salirse de la Religion, contó públicamente á los oyentes todo lo que habia pasado, y así se despidió de ellos, recogiendo en su convento, empleándose todo en oracion y contemplacion.

Pues para que no nos veamos en semejantes peligros, es menester estar prevenidos; y la prevencion necesaria para esto ha de ser mucha humildad, porque de la falta de ella nace toda esta dificultad, porque no podeis sufrir ser tenido por el mas ruin estudiante del curso. Pues qué si llegan á deciros que no sois para pasar adelante en los estudios, y veis á vuestros compañeros teólogos, y despues letrados y predicadores, menester es mucha humildad y mucha conformidad para esto; y lo mismo será menester para despues de los estudios, que os vendrá tentacion porque no sois para tanto como otros; porque no tengo talento para predicar, lucir y tratar como el otro, ni para que se me encomienden los negocios y se haga caso de mí. Y lo mismo digo de los que no son estudiantes, que os vendrán pensamientos y tentaciones; «¡oh si fuera yo estudiante! ¡oh si fuera yo sacerdote! ¡oh si fuera letrado para poder hacer fruto en las almas!» Y alguna vez podrá ser que os apriete tanto la tentacion, que os ponga en peligro la vocacion y aun la salvacion, como ha puesto á algunos.

Doctrina es esta general y cada uno la puede aplicar á sí, conforme á su estado. Y así es menester que todos estén muy conformes con la voluntad de Dios, contentándose cada uno con el talento que Dios le ha

dado y con el estado en que le ha puesto, y que no quiera nadie ser mas de lo que Dios quiere que sea. El bienaventurado San Agustin, sobre aquellas palabras del Salmista (1): «Incliné mi corazon á tus dichos, y no á la avaricia,» dice que este fué el principio y raiz de todo nuestro mal, porque quisieron ser nuestros primeros padres mas de lo que Dios les hizo, y desearon tener mas de lo que Dios les dió; por eso cayeron del estado que tenían y perdieron lo que les habia dado. Púsoles el demonio aquel cebo: «Seréis semejantes á Dios (2);» con eso les engañó y derribó, y esta herencia heredamos nosotros de ellos, que tenemos un apetito de divinidad, y una locura y frenesí de querer ser mas de lo que somos. Y como al demonio le fué tan bien por ahí con nuestros primeros padres, procura hacernos tambien guerra á nosotros por este medio, incitándonos á que deseemos ser mas de lo que Dios quiere que seamos, y que no nos contentemos con el talento que nos ha dado, ni con el estado en que nos ha puesto. Y por eso dice San Agustin que pide á Dios el Profeta: «Señor, dadme un corazon desinteresado é inclinado fielmente á vuestro gusto y voluntad, y no á mis intereses y comodidades.» Por avaricia dice que se entiende allí todo género de interés, y no sola la codicia del dinero. Y esa es la que dice San Pablo que es la raiz de todos los males (3).

Pues para que todos tengamos esta indiferencia y disposicion, conformándonos y contentándonos con el talento que el Señor nos ha dado, y con el estado y grado en que nos ha puesto, basta saber que esa es la voluntad de Dios: «Todas estas cosas las

(1) *Inclinavi cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam. August. in Ps. CXVIII, 36.*

(2) *Eritis sicut Dii, scientes bonum, et malum. Gen. III, 5.*

(3) *Radix omnium malorum est cupiditas. I. ad Tim. VI, 10.*

dá el mismo Espíritu Santo, repartiendo á cada uno lo que quiere," dice el Apóstol San Pablo á los de Corinto (1). Pone allí el Apóstol aquella metáfora, que trajimos arriba á otro propósito (2), del cuerpo humano, y dice que así como puso Dios los miembros en el cuerpo á cada uno como quiso, y no se quejaron los pies porque no los hicieron cabeza, ni las manos porque no las hicieron ojos; así también en el cuerpo de la Iglesia, y lo mismo es en el cuerpo de la Religión, puso Dios á cada uno en el puesto y oficio que fué servido; que no fué eso acaso, sino con particular acuerdo y providencia suya. Pues si quiere Dios que seáis pies, no es razón que vos queráis ser cabeza; y si Dios quiere que seáis manos, no es razón que vos queráis ser ojos. ¡Oh! que son muy altos y muy profundos los juicios de Dios: ¿quién los podrá comprender (3)? Todas las cosas, Señor, proceden de ti, y por esto en todo debes ser loado: tú sabes lo que conviene darse á cada uno; y por qué tiene uno menos y otros mas, no conviene á nosotros discernirlo. ¿Qué sabéis lo que fuera de vos, si tuviéades un gran ingenio y habilidad? ¿Qué sabéis, si tuviéades un gran talento de púlpito y fuéades muy oído y estimado, si os perdiéades por ahí, como otros se han perdido, ensoberbeciéndose y desvaneciéndose? ¿Los letrados, dice aquel Santo (4), huelgan de ser vistos y ser tenidos por tales. Si con dos maravedís de ingenio que teneis y con tres blancas de letras que sabéis, si con una medianía, y por ventura menos que medianía, estais tan vano y tan ufano que os estimais y os comparais y preferís por ventura á otros, y os agraviais porque no echan mano de vos para

(1) Haec autem omnia operatur unus, atque idem Spiritus dividens singulis prout vult. I. ad Cor. XII, 11.  
 (2) Trat. IV, c. 4.  
 (3) Quis enim hominum poterit scire consilium Dei? Sap. IX, 13.  
 (4) Thom. de Kempis.

esto y para lo otro, ¿qué fuera con la excelencia? ¿qué fuera si tuviéades unas partes raras y extraordinarias? Por su mal le nacieron las alas á la hormiga, y así por ventura os nacerían á vos. Verdaderamente, si tuviéades, no antojos, sino ojos, antes habíamos de dar infinitas gracias á Dios por habernos puesto en estado bajo y humilde, y por habernos dado pocas partes y habilidades, y decir con aquel Santo: «Por gran beneficio tengo, Señor, no tener muchas cosas de las cuales se me siga en lo de fuera loor y honra ante los hombres.» Los Santos conocían muy bien el gran peligro que hay en esas ventajas y excelencias, y así no solo no las deseaban, sino temíanlas (1) por el peligro grande que hay en ellas de desvanecerse y perderse, y con eso agradaban mas á Dios, el cual quiere á sus siervos mas humildes que grandes. ¡Oh, si acabásemos de caer en la cuenta que todo es burla, sino hacer la voluntad de Dios! ¡Oh, si acabásemos de poner todo nuestro contento en el contentamiento de Dios! Si vos sin letras y vos con menos letras y habilidad contentais mas á Dios, ¿para qué quereis letras? ¿y para qué quereis vos mas letras y habilidad y mas talento? Si para algo lo habiades de querer, era para contentar y servir mas á Dios con ello: pues si Dios se sirve mas en que no tengais letras, ó en que no tengais mas letras ni mas talento, ni habilidad, como es cierto que se sirve, pues él es el que hizo ese repartimiento, ¿de qué hay que tener pena? ¿para qué habeis de querer ser lo que Dios no quiere que seáis, y lo que no os conviene que seáis? Que no agradaron á Dios los sacrificios grandes que Saul le quiso ofrecer, porque no era aquello conforme á su voluntad (2), así tampoco agradarán á Dios estos deseos vuestros altos y levantados. Que no está nuestro bien

(1) Ab altitudine diei timebo. Ps. LV, 4.  
 (2) I. Reg. XIII, 10; et XV, 21.

ni nuestro aprovechamiento y perfeccion en ser letrados, ni en ser predicadores, ni en entender en cosas altas y subidas, sino en hacer la voluntad de Dios, y en dar buena cuenta de lo que él nos ha encomendado, y emplear bien el talento que nos ha dado. Y así en esto habemos de poner los ojos y no en esotro, porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Es muy buena comparacion para declarar esto la de los representantes de las comedias, cuya estima y premio no se toma del personage que representan, sino del buen cobro que da cada uno de su dicho. Y así si representa mejor el que hace la persona del villano que el que hace la del emperador, aquel sale mas estimado y alabado de los circunstantes, y mas bien premiado de los jueces. De la misma manera lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida (que toda ella es como una representacion y comedia que se acaba presto, y plega á Dios no sea tragedia), no es el personage que representamos uno de superior, otro de predicador, otro de sacristan, otro de portero, sino el buen cobro que cada uno da de su personage. Y así, si el coadjutor hace bien su oficio y representa mejor su personage que el predicador ó el superior suyo, será mas estimado delante de Dios y mas premiado y honrado. Que por ventura no supiera el otro representar bien la persona de rey, y representando la persona de escudero ó pastor, ganó honra y llevó el premio: así también por ventura no supiéades vos representar bien la persona de predicador ó superior, y representais bien la persona de confesor y vos la de coadjutor; sabe Dios repartir muy bien los dichos y dar á cada uno el personage que le conviene. Conforme al caudal y fuerzas de cada uno, dice el Sagrado Evangelio (1), que repartió

(1) Unicuique secundum propriam virtutem. Matth. XXV, 15.

el Señor los talentos. Por tanto, nadie tenga deseo de otro personage ni de otro talento, sino procure cada uno representar bien su personage que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido y dar buena cuenta de él, porque de esa manera agradará mas á Dios y recibirá mayor premio.

CAPITULO XVI.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades.

Así como la salud es don de Dios, así también lo es la enfermedad, la cual nos envia el Señor para nuestra prueba, correccion y enmienda, y para otros muchos bienes y provechos que se suelen seguir de ella, como es conocer nuestra flaqueza, desengañarnos de nuestra vanidad, despegarnos del amor de las cosas de la tierra y de los apetitos de la sensualidad, adelgazar los bríos y fuerzas de nuestro mayor enemigo, que es la carne; acordarnos que no es esta nuestra patria, sino una como venta donde andamos desterrados, y otras cosas semejantes. Por lo cual dijo el Sábio: «La enfermedad grave hace templada y fuerte al alma (1).» Y así habemos de estar tan conformes con la voluntad de Dios en la enfermedad como en la salud, aceptándola como venida de la mano de Dios nuestro Señor, cuando él fuere servido de enviarnosla. Decía uno de aquellos PP. antiguos á un discípulo suyo, que estaba enfermo: «Hijo, no te entristezcas con la enfermedad, antes dá muchas gracias á Dios por ella, porque si eres hierro, con el fuego perderás el orin; y si eres oro, con el fuego quedarás probado. Gran virtud es, dice, y gran Religión, hacer gracias á Dios en la enfermedad.»

(1) Infirmis gravis sobriam facit animam. Eccl. XXXI, 2.

De la bienaventurada Santa Clara cuenta Surio en su vida, que estuvo enferma veinte y ocho años de graves enfermedades, y fué su paciencia tan grande, que en todos ellos nunca la sintieron quejarse ni murmurar de su gran trabajo, antes siempre daba gracias al Señor. Y en su última enfermedad, como estuviese tan trabajada que en diez y siete dias no pudo comer bocado, consolándola su confesor Fr. Reinaldo, y exhortándola á tener paciencia en tan largo martirio de tantas enfermedades, respondió ella: «Despues que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por su santo siervo Francisco, ninguna enfermedad me fué dura, ninguna pena molesta, y ninguna penitencia pesada.» Admirable es tambien á este propósito, y de rarísimo ejemplo, y que dará mucho ánimo y consuelo á los enfermos, la vida de Liduvina, virgen (1), la cual estuvo treinta y ocho años continuos con gravísimas y extraordinarias enfermedades y dolores, y los treinta sin poderse levantar de una pobre camilla, ni tocar al suelo con sus pies, y allí le hacia el Señor grandísimas mercedes.

Pero porque se nos suelen ofrecer algunas razones particulares con color y apariencia de mayor bien, para impedir esta indiferencia y conformidad, iremos respondiendo y satisfaciendo á ellas. Quanto á lo primero, podrá decir alguno: «por mí no se me diera mas estar enfermo que sano, pero lo que siento es parecerme que soy carga á la Religion y que doy pesadumbre en casa.» A esto digo que eso es juzgar á los superiores y á los de casa de poca caridad y de poca conformidad con la voluntad de Dios. Tambien los superiores tratan de perfeccion y de tomar todas las cosas como venidas de la mano del Señor y conformar-

(1) Refert Surius, tom. 7, fol. 277; et Villegas, p. 3, vit. p. 189.

se en ellas con su divina voluntad; y asi, si Dios quiere que vos esteis enfermo y que ellos se ocupen en curaros y regalaros tambien lo querrán ellos; y como vos llevais la cruz que Dios os dá, llevarán ellos la que les cupiere con mucha conformidad.

Pero direis, «en eso bien veo la caridad grande que se usa en la Compañía. Lo que me dá pena no es sino el fruto que pudiera hacer estudiando, predicando ó confesando y la falta que se hace por estar enfermo.» A esto responde muy bien San Agustin: dice que habemos de considerar que nosotros no sabemos si será mejor hacer aquello que querriamos, ó dejarlo de hacer y asi habemos de trazar y ordenar las cosas conforme á nuestra capacidad; y si despues las pudiéremos hacer de la manera que nosotros las trazamos, no nos habemos de holgar porque se hizo lo que nosotros pensamos y quisimos, sino porque el Señor quiso que asi se hiciese. Y si sucediese no venir á efecto lo que nosotros pensábamos y trazábamos, no por eso nos habemos de turbar y perder la paz. Porque mas razon es que sigamos nosotros la voluntad y traza de Dios, que él la nuestra (1). Y concluye San Agustin con una sentencia admirable: «Aquel ordena y traza mejor sus cosas que está dispuesto y preparado para no hacer lo que Dios no quiere que haga, que el que tiene mucha ansia y apetito de hacer lo que él habia trazado y pensado (2).» Pues de esta manera y con esta indiferencia habemos de trazar y ordenar nosotros lo que habemos de hacer, que estemos siempre muy dispuestos para conformarnos con la voluntad de Dios, si aca-

(1) Aequius est, ut nos ejus, quam ut ille nostram sequatur voluntatem. Aug. lib. de Catechizandis rudibus, cap. 14.

(2) Nemo melius ordinat quid agat, nisi qui paratior est non agere, quod divina potestate prohibetur, quam cupidior agere, quod humana cogitatione meditatur. Aug. ib.

so no viniere á efecto; y asi no nos turbarémos, ni entristecerémos cuando por enfermedad ó por otra causa semejante no pudiéremos hacer lo que pensábamos y teniamos ya trazado, aunque las cosas en sí sean de mucho provecho para las almas. Dice muy bien el P. Maestro Avila, escribiendo á un sacerdote enfermo: «No tanteis lo que hiciérades estando sano; mas cuánto agradareis al Señor con contentaros de estar enfermo; y si buscais, como creo que buscais, la voluntad de Dios puramente ¿qué mas se os dá estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien (1)?»

San Crisóstomo dice que mas mereció y agradó á Dios el Santo Job en aquel: «como le agradó á Dios, asi ha sucedido: sea bendito el Nombre del Señor (2);» conformándose con su voluntad en aquellos trabajos y lepra que le envió, que en cuantas limosnas y bienes hizo estando sano y rico. Pues de la misma manera, mas agradareis vos á Dios en conformaros con su voluntad, estando enfermo, que en cuanto pudiérades hacer estando sano. Lo mismo dice San Buenaventura: «Mas perfeccion es llevar con paciencia y conformidad los trabajos y adversidades, que entender en obras muy buenas (3):» que no tiene Dios necesidad de mí ni de vos para hacer el fruto que él quisiere en su Iglesia. «Yo dije, tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes,» dice el Salmista (4). Ahora quiere él predicaros á vos con la enfermedad y que aprendais á tener paciencia y humildad, dejad hacer á Dios, que él sabe lo que mas con-

(1) M. Avila, t. 2 Epist.

(2) Sicut Domino placuit, ita factum est, sit nomen Domini benedictum. Job. I, 21.

(3) Perfectius est adversa tolerare patienter, quam bonis operibus insudare. Bonav. de gradibus virtutum, c. 24, et lib. 2. de profect. Religiosor. cap. 37, affert hoc ex divo Gregorio.

(4) Ego dixi Deus meus es tu, quoniam honorum meorum non eges. Ps. XV, 2.

viene y vos no lo sabeis. Si para algo habiamos de desear la salud y las fuerzas, era para emplearlas en servir y agradar mas á Dios; pues si el Señor se sirve y agrada mas en que yo me emplee en estar enfermo y en llevar con paciencia los trabajos de la enfermedad, hágase su voluntad, que eso es lo mejor y lo que mas me conviene á mí. El Apóstol San Pablo (1), predicador de las gentes, permitió el Señor que estuviese dos años preso y en aquel tiempo tan necesitado de la primitiva Iglesia; no se os haga á vos mucho que os tenga Dios preso con la enfermedad dos meses y dos años, y toda la vida si él fuere servido, que no sois tan necesario en la Iglesia de Dios como el Apóstol San Pablo.

A algunos se les suele poner delante, cuando tienen enfermedades y achaques largos y continuos, el no poder seguir la Comunidad y haber de ser singulares en muchas cosas; y desconsuélanse de esto, pareciéndoles, ó que no son tan religiosos como los otros, ó á lo menos que se podrán desedificar los demas viendo sus particularidades y regalo; especialmente que algunas veces la enfermedad y necesidad que uno tiene, no se echa tanto de ver por de fuera, sino que solo Dios y el enfermo saben lo que padece, y esas singularidades y exenciones échanse mucho de ver. A esto digo que este es muy buen respeto y muy justo sentimiento, y es de loar el tenerle; pero no ha de quitar eso la conformidad con la voluntad de Dios en la enfermedad, sino doblar el merecimiento, conformándoos por una parte enteramente con la voluntad de Dios en todas vuestras indisposiciones y achaques, pues él quiere que lo padezcáis; y por otra, teniendo gran deseo, cuanto es de vuestra parte, de seguir todos los ejercicios de la Religion con mucha puntualidad y exaccion, y sintiendo en vuestro corazon

(1) Act. XXVIII, 30.

el no hacer todo lo que los otros hacen; porque de esta manera, fuera de lo que mereceis en llevar con conformidad y paciencia la enfermedad, podeis merecer tambien en esto segundo tanto como los demas que están sanos y buenos y hacen todos esos ejercicios.

San Agustin en el sermon sesenta y dos de *Tempore*, tratando de la obligacion que todos tenian á ayunar aquel santo tiempo, so pena de pecado mortal, y viniendo á tratar del que está enfermo y no puede ayunar, dice: «á este bástale que no pueda ayunar y que coma con dolor de su corazon gimiendo y suspirando; porque, ayunando los demas, él no puede ayunar.» Como el valiente soldado que, trayéndole al Real herido, siente mas el no poder pelear ni señalarse en servicio de su rey que el dolor de las heridas y de la cura rigorosa que le hacen, asi es de buenos religiosos, cuando están enfermos, sentir mas el no poder andar con la comunidad, ni hacer los ejercicios de la Religion, que la misma enfermedad; pero al fin, ni eso ni otra cosa alguna nos ha de quitar el conformarnos con la voluntad de Dios en la enfermedad, aceptándola como enviada de su mano para mayor gloria suya y mayor bien y provecho nuestro.

El bienaventurado San Gerónimo cuenta que, pidiendo un monge al santo abad Juan Egipcio que le sanase de una enfermedad y calentura grave que tenia, respondió el Santo: «Quieres echar de ti una cosa que te es muy necesaria (1), porque asi como la inmundicia y suciedad de las cosas corporales se quita con jabon ó legía fuerte, y con otras cosas semejantes, asi

(1) Rem tibi necessariam cupis abicere, ut enim corpora nitro, vel aliis hujusmodi lineamentis abluantur sordibus: ita animae languoribus, aliisque hujusmodi castigationibus purificantur. *Hieron. in vitis Patrum*

las ánimas se purifican con las enfermedades y trabajos.»

CAPITULO XVII.

Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios, y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino tambien en todas las cosas que suelen suceder en ella.

Lo que se ha dicho de la enfermedad se ha tambien de entender de las demas cosas que se suelen ofrecer en el tiempo de ella. San Basilio dá una doctrina muy buena para cuando estamos enfermos. Dice (1) que de tal manera habemos de usar de los médicos y medicinas, que no pongamos toda nuestra confianza en eso. De lo cual reprende la Sagrada Escritura al rey Asa: «En su enfermedad no buscó al Señor, sino confió mas en el arte de los médicos (2).» No habemos de atribuir á eso toda la causa de sanar ó no sanar de la enfermedad, sino habemos de poner toda nuestra confianza en Dios, el cual unas veces querrá darnos salud con esas medicinas y otras no. Y asi, cuando nos faltare el médico y la medicina, dice San Basilio, que tampoco habemos de desconfiar de la salud; porque asi como leemos en el Sagrado Evangelio que Cristo nuestro Redentor unas veces sanaba con sola su voluntad, como á aquel leproso que le pidió: «Señor, si quereis, podeisme limpiar (3);» y le respondió: «Quiero, sé limpio (4);» otras aplicando alguna cosa, como cuando hizo lodo con saliva, y ungió los ojos del ciego, y le mandó que se fuese á lavar á la Natatoria ó fuente de Siloé; otras veces dejaba á los

(1) Basil. in *Regulis fusius disputatis*, 55.

(2) Nec in infirmitate sua quaesivit Dominum, sed magis in medicorum arte confisus est. *II. Paral.* XVI, 12.

(3) Domine, si vis, potes me mundare. *Matth.* VIII, 2.

(4) Volo: mundare. *Joann.* IX, 11.

enfermos en sus enfermedades, y no queria que sanasen, aunque gastasen toda su hacienda en médicos y medicinas (1); asi tambien ahora unas veces dá Dios la salud sin médicos ni medicinas, por sola su voluntad: otras las dá por medio de esas medicinas: otras veces, aunque consulte uno muchos médicos y le apliquen grandes remedios, no quiere Dios darle salud, para que aprendamos con esto á no poner nuestra confianza en medios humanos, sino en Dios. Asi como el rey Ezequias no atribuyó su salud á la masa de higos que Isaias puso sobre su llaga, sino á Dios (2): asi vos, cuando sanáredes de la enfermedad, no habeis de atribuir la salud á los médicos, ni á las medicinas, sino á Dios, que es el que sana todas nuestras enfermedades; que no son las yervas, ni los emplastos los que sanan, sino Dios (3). Y cuando no sanáredes, tampoco os habeis de quejar de los médicos, ni de las medicinas, sino habeislo tambien de atribuir todo á Dios que no quiere daros salud, sino que esteis enfermo.

De la misma manera, cuando el médico no conoció la enfermedad, ó erró la cura (que es cosa que acontece hartas veces aun á los muy grandes médicos y en grandes personajes), habeis de tomar aquel yerro por acierto de Dios, y tambien el descuido y falta que os hace el enfermero. Y asi, no habeis de decir que porque se hizo tal falta con vos, por eso os tornó la calentura; sino tomarlo todo como venido de mano de Dios, y decir: «el Señor ha sido servido que me creciese la calentura, y que me viniese tal accidente;» porque cierta cosa es que, aunque respecto de los que os curan eso haya sido yerro, pero respecto de Dios no fué

(1) Marc. V, 26; et Luc. VIII, 43.

(2) IV. Reg. XX, 7.

(3) Etenim neque herba, neque malagma sanavit eos, sed tuus, Domine, sermo, qui sanat omnia. *Sap.* XVI, 12.

sino acierto; porque respecto de Dios no acontece ninguna cosa acaso. ¿Pensais que el pasar las golondrinas y cegar con su estiércol al Santo Tobias fué acaso? No fué sino con grande acuerdo y con particular voluntad de Dios, para dejarnos ejemplo en el como en el Santo Job. Y asi lo dice la Escritura Divina: «Este trabajo permitió Dios que le sucediera, para que los venideros tuviesen ejemplo de paciencia como el de el Santo Job (1).» Y el Angel le dijo despues: «Para probarte, ha permitido Dios esta tentacion (2).»

En las Vidas de los Padres se cuenta del abad Estéfano (3), que estando enfermo, quiso su compañero hacerle una tortilla, y pensando que la hacia con buen aceite, la hizo con aceite de linaza, que es muy amargo, y dióselo. Estéfano, como lo sintió, comió un poco y calló. Otra vez le hizo otra de la misma manera, y como la gustase y no la quisiese comer, dijole el hermano: «come, Padre, que está muy buena.» Y probóla él para incitarle á comer, y como sintiese el amargor, comenzó á fatigarse y á decir: «homicida soy.» Y dijole Estéfano: «no te turbes, hijo, que si Dios quisiera que no erraras en tomar un aceite por otro, no lo hicieras.» Y de otros muchos Santos leemos que tomaban con mucha conformidad y paciencia los remedios que les hacian, aunque fuesen contrarios á lo que pedia su enfermedad. Pues de esta manera habemos de tomar nosotros los yerros y descuidos, asi del médico como de los enfermeros, sin quejarnos del uno, ni echar la culpa al otro.

Esta es una cosa en que se descubre y muestra mucho la virtud de uno. Y asi edifica grandemente un religioso enfermo,

(1) Hanc autem tentationem ideo permisit Dominus evenire illi, ut posteris daretur exemplum patientiae ejus, sicut et sancti Job. *Tob.* II, 12.

(2) Quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te. *Tob.* XII, 13.

(3) Abbas Estephan. *Refert etiam Dorothei doct.* 7.